

«LOS TOPOS»: TESTIGOS Y TESTIMONIOS DEL GRAN MIEDO

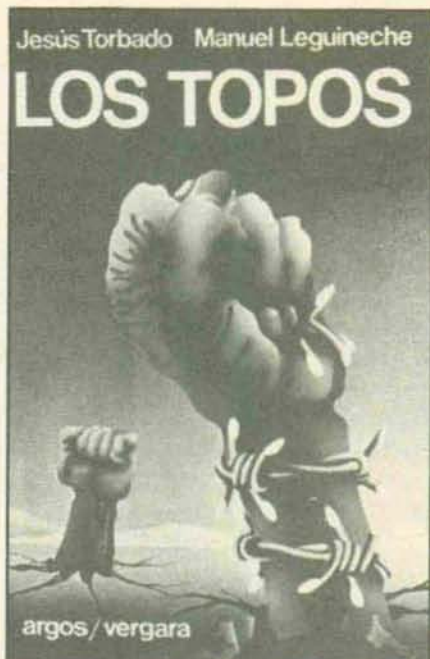
La imagen del topo es símbolo de la lucha política subterránea, de la resistencia clandestina. En su madriguera el topo zapa y mina las bases de las estructuras autoritarias y dictatoriales.

Pero los topos de los que aquí se trata (1), no tuvieron esa condición de enfocados combatientes. Fueron esforzada prole del miedo. Miedo a la represalia, al desquite, a la venganza de los que habían ganado la guerra. Un miedo incierto y oscuro, pero también sólido y concreto como dan fe las doscientas mil ejecuciones realizadas por los vencedores después de su victoria.

La conciencia de ese temor, su sabor a pólvora vieja y a sangre hermana, es lo que se desprende de las páginas de este libro, de los escalofriantes testimonios que en él han vertido los «hombres-topo». Jesús Torbado y Manuel Leguineche, sus autores, no interpretan ni glosan los datos recogidos en demoradas conversaciones, tras reiteradas insistencias, en un largo proceso de acopio que se inició en la primavera de 1969 cuando en virtud del decreto de amnistía del 28 de marzo los «topos» surgieron de la geografía del país como hongos después de la lluvia». Tampoco hace falta interpretación o comentario. Las palabras, las historias, hablan por sí mismas.

Saturnino «El Cojo», 34 años encerrado. Primero en un arcón de pienso para el ganado y después en una bohardilla de nueve metros cuadrados en la mayor parte de los cuales no podía siquiera estar sentado. El alcalde de Mijas (Málaga), que concluidos sus treinta años de «penitencia», confesó: «Los mejores años de vida los he pasado entre paredes. ¿Mereció la pena? Nunca cedí mi fe en la democracia. La tiranía de la dictadura no puede durar eternamente».

(1) *Los topos*, Jesús Torbado y Manuel Leguineche. Editorial Argos. Barcelona, 1977.



Los hermanos Juan y Manuel Hidalgo, simples combatientes, «vivos de cuerpo presente» durante veintiocho años.

El último guerrillero, Pablo Pérez Hidalgo, alias «Manolo el Rubio», veintisiete años oculto en una choza en el monte de Guenaluacil.

Esto son algunos de los protagonistas de las increíbles historias personales —veinte aproximadamente— que se relatan en el libro. Ellos son sólo una «muestra», aunque muy representativa, de la curiosa y dramática especie de «hombre-topo», producto de una situación histórica que, es de esperar, no vuelva a repetirse.

Entre las conclusiones que pueden sacarse de la lectura de *Los topos* es la más notable, a mi juicio, constatar la enorme magnitud de un miedo capaz de reducir a hombres de indudable temple y coraje a un larguísimo confinamiento.

Y junto al temor, su poder paralizante y bloqueador de las reacciones humanas, la ignorancia, siempre su cómplice, su mejor aliada. Porque muchos de los hombres que habían luchado sin saber en qué «bando» luchaban ni con quién o contra quién combatían permanecieron años y años escondidos en el más absoluto desconocimiento sobre sus posibilidades reales de vida o de muerte, a la espera de la señal de redención para las culpas de la que ellos eran precisamente los más inocentes, los menos responsables. ■ **BEL CARRASCO.**

RECTIFICACION

En relación con el artículo: «SOL APARICIO, UN ESPAÑOL DE TRES GUERRAS», original de nuestro colaborador Alvaro Custodio, aparecido en el número 39 de nuestra revista, correspondiente al mes de febrero de este año. El señor Aparicio nos ruega la publicación de las puntualizaciones a dicho artículo que a continuación se detallan:

Respetado director:

Habiendo leído el último número 39 de su revista, en la que se publica el reportaje que me hizo don Alvaro Custodio, me creo en el deber de señalarle varios errores y omisiones, por si se digna publicarlos para evitar malos entendidos entre sus lectores.

Los errores y omisiones son los siguientes:

En la página 35, columna primera, renglón 40, donde dice: «Por si fuera poco, el piloto de guardia de Zeluán, teniente Ruano, abandonó su puesto». Debe de decir: «Por si fuera poco, el cabo piloto Antonio Gutiérrez Lanzas, el que de costumbre pernoctaba en el Aeródromo, abandonó éste por la tarde».

En la página 35, columna primera, renglón 56, donde dice: «Que intentaba escapar de aquel infierno para pedir ayuda a Nador». Debe de decir: «Llevar una parte a Nador para pedirles que nos vinieran a ayudar a hacer la evacuación».

Página 40, columna tercera, renglón 14, donde dice: «Contábamos también con algunos aviones de los que arrojaban bombas con las manos», debe de decir: «Contábamos también con varios pilotos comprometidos con sus aviones cargados de bombas para bombardear el cuartel de Artillería una vez iniciado el fuego».

Página 41, columna primera, renglón cuatro, donde dice: «Cuerpo de Aviación», debe de decir: «Arma de Aviación».

Página 42, columna primera, renglón 13, donde dice: «Los Llanos», debe de decir: «Albacete».

Página 42, columna primera, renglón 49, donde dice: «Katuskas», debe de decir: «aviones».

Página 42, columna segunda, renglón 37, donde dice: «el oso ruso», debe de decir: «el pueblo ruso».

Página 42, columna tercera, renglón 5, donde dice: «La ciudad de Kursk, o lo que quedaba de sus ruinas, fue ocupada por el Ejército Rojo», debe de decir: «Habiendo avanzado el Ejército Rojo de 15 a 20 kilómetros en dirección a la ciudad de Oriol, y habiendo avanzado también hacia el Este en dirección de la ciudad de Biél Gorod, el día 23 de julio de 1943 quedó definitivamente liquidado el famoso Arco o gran bolsa de Kursk».

Todas estas rectificaciones, que son las más importantes, desearía que ordenara efectuar, toda vez que ya en Méjico fueron publicadas mis Memorias y muy pronto saldrá a la luz aquí en Madrid el libro «Vivencia de tres guerras», en el cual relato detalladamente todos estos episodios.

Fdo.: Sol Aparicio Rodríguez